

razón, y que lee nuestra voluntad se contenta con eso.

Rogata. Yo celebro mucho el saberlo, para obviar toda pena y toda cangoja de Espíritu.

Serápia. Bien puedes contar seguramente con que en esto te no engañamos.

Rogata. Conozco y se ciertamente, que sois demasiado instruidas, para que pudieséis engañarme.

Tálida. Procura practicar exactamente esto mismo; y de esa manera harás todas las cosas en Caridad y por Caridad.

Rogata. ¿Luego la Caridad nada tendrá que temer en aquel último momento?

Serápia. Nada; porque la Caridad cubre y borra la multitud de pecados. (1)

Rogata. Hoy, pues, me resuelvo á ello: ya de hoy mas, no quiero vivir sino entre los amorosos brazos de esta virtud, para morir tambien entre ellos.

Tálida. Tu resolución no puede ser mas prudente. Persevera constante en ella hasta la muerte, y te ganarás la corona de la Gloria. (2)

1 Petr. 4 8., etc. poverb. 10. 12.

2. Apoc. 2. 10.



## Conversacion LXXVII

### SOBRE LOS CIELOS Y LOS ASTROS. (1)

Asteria. Inquietas estamos por saber, si acaso desaprobarás el deseo que tenemos de instruirnos en lo perteneciente á cosas, que están encima de nuestras cabezas.

1 Aunque el sistema que el Autor se propone y sigue aquí, no es en todas sus partes el de los Astrónomos y Filósofos modernos, ni por lo mismo el que en estos últimos tiempos ha llegado á adoptarse casi generalmente, pero sí el que de muchos siglos á esta parte fué mas comunmente recibido, y quizá no es menos á propósito para excitar á la Juventud á que se eleve frecuentemente su consideración al Supremo Hacedor de Cielos y Tierra, y le alabe y bendiga en sus maravillosas obras: que es el objeto principal de la presente Conversación, prescindiendo ahora de opiniones.

Benigna. ¿Qué es lo que queréis significar con esa expresión?

Elpida. No ignoramos nosotras, que las mujeres no han nacido para las ciencias; por lo mismo no pretendemos instruirnos simplemente para saber, sino para elevarnos á Dios por este medio.

Benigna. Yo tengo por muy loable ese motivo; y celebraría infinito poder satisfaceros; pero ¿qué es lo que queréis dar á entender en eso de *que está encima de vuestras cabezas*?

Asteria. Queremos decir los *Cielos* y los *Astros*; y deseamos saber el número de ellos, la diferencia entre sí, y su distancia de la Tierra.

Benigna. Demasiado preguntar es eso, particularmente á mí; que jamás he estudiado á fondo estas materias: así, os diré solamente lo que he aprendido de personas muy hábiles y muy versadas en esta ciencia.

Elpida. ¿Cuántos Cielos se cuentan? Dí, si gustas.

Benigna. Hay algunos que cuentan tres, y otros, doce; pero unos y otros coinciden en una misma cosa.

Asteria. Dinos cómo se nombran.

Benigna. Aquellos que cuentan tres, llaman al primero de ellos el Cielo de los "Planetas;" al segundo el Cielo de las "Estrellas;" y el tercero el "Empireo," que es donde moran los Bienaventurados.

Elpida. Con eso ¿no está ya dicho todo? ¿Hay por ventura algo mas en el asunto?

Benigna. Los que cuentan doce, los nombran así: el Cielo de la "Luna," que está sobre el aire y las nubes; el de "Mercurio," el de "Venus," el del "Sol," el de "Marte," el de "Júpiter," el de "Saturno," el de las "Estrellas fijas," que se llama "Firmamento;" el primer "Cielo Cristalino;" el "segundo Cristalino;" el que nombran "primer Móvil," y el "Cielo Empíreo." Pero ya veis que estos doce Cielos no vienen á ser otra cosa que aquellos otros tres, divididos según los diversos círculos ú órbitas, que recorren estos diferentes Astros.

Asteria. Nosotras habíamos creído hasta ahora, que no había mas que un Cielo, que es el Empireo, donde residen los Binaventurados.

Benigna. Solo éste es el que por su excelencia merece propiamente el nombre de Cielo, á causa de ser él en donde Dios hace resplandecer su gloria y su grandeza en presencia de los Santos: mas esto no quita que se cuenten otros muchos, antes que él.

Elpida. Pero nosotras no comprendemos lo que significan los nombres de estos doce Cielos.

Benigna. Yo no me espanto de eso; pero muy presto vais á entenderlos.

Asteria. Eso mismo estamos esperando.

Benigna. Para esto, convendrá sepáis, que los Astros se dividen en "Estrellas fijas," y "Estrellas errantes," que se llaman Planetas.

Elpida. Ya hemos oído esos nombres; pero no entendemos que es lo que significan.

Benigna. Con un poco de paciencia que tengáis, lo percibiréis: poco á poco se va lejos.

Asteria. Pues no desperdiciéis ni un momento; porque nuestro deseo de saberlo es muy grande.

Benigna. Hay siete Planetas grandes, ó Estrellas errantes, que se llaman: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio, y la Luna; y nueve pequeños, que llaman Satélites: cuatro de los cuales giran ó dan su vuelta al rededor de Júpiter, y los otros cinco al rededor de Saturno.

Elpida. Ahora ya lo entendemos; pero ¿por qué les han dado esos nombres?

Benigna. No os canséis en buscar misterio en estos nombres, pues no lo tienen; y solamente los han nombrado así para distinguir unos de otros.

Asteria. Pero ¿por qué los llaman Estrellas errantes?

Benigna. Es porque están siempre en movimiento; y por que no conservan entre sí una misma distancia como las Estrellas que se llaman fijas.

Elpida. ¿Son luminosas esas Estrellas errantes, ó Planetas?

Benigna. No hay entre todas estas Estrellas errantes ó Planetas, otro que sea luminoso y brillante, mas que el Sol; ó (si queréis que me explique de otro modo,) que de suyo tenga luz y claridad; todos los demás son por sí unos cuerpos opacos ó no transparentes, sobre poco mas ó menos, como la Tierra; y todos, igualmente que ella, reciben su luz del Sol, que los

ilumina, y despues la reverberan, esto es, la esparescen hacia nosotros.

Asteria. Todo eso nos parece hermoso á todas luces; y tanto mas hermoso, por cuanto para nosotras es cosa nueva: dinos que son Estrellas fijas.

Benigna. Son unos cuerpos luminosos ó transparentes como el Sol, y que brillan por sí mismos, sin necesidad de mendigar la luz del Sol, como los que se llaman Planetas ó Estrellas errantes.

Elpida. ¿Dónde están colocadas las Estrellas fijas?

Benigna. Ya os dije, que en el octavo Cielo, llamado por otro nombre el Firmamento.

Asteria. ¿Son muchas en número?

Benigna. Tanto es el numero de ellas, que solo Dios lo sabe, y así, se dice en la Eucaristía, que el es quien las llama por sus nombres. (1)

Elpida. ¿Con que los hombres no saben el número de estas estrellas?

Benigna. Aunque tienen, noticia de muchas de ellas y aun pretenden determinar á punto fijo su número, no tiene esto visos de ser muy cierto: puesto que de tiempo en tiempo descubren otras nuevas, que jamás se habían visto antes.

Asteria. ¿Y por qué se llaman fijas?

Benigna. Porque no mudan de sitio en el Firmamen-

<sup>1</sup> Psaem. 146. 4.

to; y también, porque estan á igual distancia unas de otras.

Elpida. Ahora es cuando ya entendemos todas estas cosas, y las admiramos aun mas de lo que se puede ponderar. Pero ¿por qué colocas á la Luna en el primer cielo?

Benigna. Porque es el astro mas cercano á la Tierra, y al propio tiempo el mas pequeño.

Asteria. No obstante, parece mayor que todas las demas Estrellas, y casi tan grande como el Sol.

Benigna. ¡Qué! aun la Tierra es mayor que la Luna: y así, la Luna es todvía mucho mas pequeña, que todas las demas Estrellas.

Elpida. ¿Gustarás de decirnos el tamaño de la Tierra y de la Luna?

Benigna. Con muchísimo gusto: la Tierra tiene tres mil leguas de latitud ó de anchura, segun la comun opinión; y la Luna solamente tiene la cuarta parte, ó poco mas; es decir, setecientas cincuenta leguas.

Asteria. Has dicho que la Luna es el astro mas inmediato á la Tierra: ¿podrás con facilidad decirnos cuanto dista de ella?

Benigna. No dista mas de cien mil leguas; y esta corta distancia, en comparación con la del Sol y demas Estrellas, la hace aparecer mas grande.

Elpida. ¿Tiene que andar mucho cada dia para recorrer su círculo?

Benigna. El camino que tiene que andar la Luna, es casi nada en comparación de la gran vuelta que da el

Sol por los vastos espacios del cielo: siendo cosa cierta, que la Luna no anda cada dia, mas que quinientas y cuarenta mil leguas, que viene á salir por hora á veintidos mil y quinientas leguas; y por cada minuto á trecientas y setenta y cinco leguas.

Asteria. Increible nos parece eso.

Benigna. Vosotras decís bien, que os parece; pero no es así; porque los inteligentes lo dan por muy cierto.

Elpida. Siendo ello así, es cosa muy admirable.

Benigna. Mas os maravillaréis todavía; cuando os hable del Sol.

Asteria. Pues date prisa que para luego es tarde.

Benigna. Comenzaré por su enorme magnitud: el Sol, pues, es cien veces mayor que la Tierra: así que la Tierra tiene tres mil leguas de latitud, en el comun sentir como os he dicho, el Sol tiene trescientas mil. Por ahí podéis hecer juicio de cuanta podrá ser su superficie y solidez.

Elpida. Ya no nos causa admiración lo que nos dijiste de la Luna; porque esto es mucho mas maravilloso aún.

Benigna. Hacedos bien, cargo de tan basta extensión; y así comprenderéis, que juntos en uno cien globos térraqueos, como el nuestro, no serían de mas grueso que el sol.

Asteria. Pues ¿por qué este no parece casi mayor que la luna, no siendo esta en su grueso mas que una cuarta parte del grueso de la tierra?

Benigna. Eso consiste en su mucha distancia; pues está ya averiguado por demostración, que no puede haber menos de treinta millones de leguas desde la Tierra al Sol.

Elpida. Mucho tiempo se necesitaría para bajar desde el Sol á la Tierra.

Benigna. Para que os podáis imaginar en alguna manera perceptible, suponed, que una piedra de molino fuese arrojada y cayese del Sol á la Tierra: dadla cuanta mas velocidad sea ella capaz de recibir; de forma, que cada dos minutos ande una legua; en cada hora treinta; y cada un dia, setecientas y veinte; pues teniendo que atravesar treinta millones de leguas antes de llegar á la Tierra; necesitaba forzosamente, para hacer este largo viaje, cuatro mil ciento sesenta y seis dias, que componen algo mas de once años.

Asteria. Yo me acuerdo ahora, que el Sol lo colocaste en el cuarto cielo: siendo esto así, las Estrellas que situaste en el octavo estarán mucho mas remotas de nosotros.

Benigna. Tú lo has dicho ya; Saturno que es uno de los siete Planetas grandes ó estrellas errantes, y que está en el septimo cielo, dista de la tierra por lo menos, diez veces mas que el Sol: que es decir, que su distancia pude ser poco menor de trescientos millones de leguas.

Elpida. Segun eso, si la tal piedra hubiese de bajar desde Saturno á la Tierra, tardaría mucho mas tiempo en llegar.

Benigna. Gastaría mas de mil años en su descenso ó viaje.

Asteria. ¿Esa estrella nombrada Saturno, que está en el septimo Cielo; da todos los dias vuelta entera?

Benigna. La da indefectiblemente: concebid ahora si podéis, qué inmensidad de camino es el que tiene que andar cada dia: El círculo ú órbita, que ella describe ó traza, tiene mas de seiscientos millones de leguas de latitud; y por consiguiente, mas de mil y ochocientos millones de circunferencia. Un caballo Inglés, aunque caminase diez leguas por hora, necesitaría estar corriendo veinte mil, quinientos, cuarenta y ocho años; para dar esta vuelta.

Elpida. ¿Y el Sol que es uno de los siete Planetas grandes, anda otro tanto cada dia?

Benigna. No tiene que andar tanto como Saturno; pues por estar situado en el cuarto Cielo, su órbita no es tan grande; pero si anda mucho mas, que la Luna, aunque apenas se echa de ver: en su curso es mucho menos rápido y veloz que el de la Luna, no obstante que es menor que el de Saturno; porque tiene mucho menos que andar.

Asteria. Eso es una idea incomprendible.

Benigna. Pues aun no he dicho todo lo que hay sobre el milagro y obra grande de este Mundo; dejaos instruir de lo que es la omnipotencia de vuestro Dios.

Elpida. ¿Qué mas puedes ya decir, que lo que nos has dicho?

Benigna. Habéis de saber que esta gran distancia de treinta millones de leguas, que hay desde la Tierra al Sol, y los trescientos millones desde la Tierra hasta Saturno; son una cosa tan corta, en comparacion de la distancia que hay desde la Tierra a las Estrellas, que se puede afirmar que es casi nada.

Asteria. ¿Y no se puede decir á punto fijo, cuanta es la distancia que hay desde la tierra á las Estrellas fijas?

Benigna. Nó; porque es (si así se puede explicar) *inmensurable*; no admite medidas; de forma que, si alguno pudiera subirse ó ponerse en cualquiera de las Estrellas, este Sol que vemos, esta Tierra, y los treinta millones de leguas que les separan, le parecerían nada mas que un punto. Es cosa que está demostrada.

Elpida. Siendo así, que absolutamente no se puede asegurar de fijo, que distancia hay desde la Tierra á las Estrellas; ¿se podrá decir cuanta es la distancia de una Estrella á otra?

Benigna. Tampoco, porque no se sabe; y aunque parece que están muy cerca unas de otras, sin embargo, su distancia es inmensa.

Asteria. ¿Cómo es creible que tengan entre sí una distancia tan enorme, y un tamaño tan desmedido, cuando á nuestra vista parecen no mas que á manera de unas chispas ó centellitas?

Benigna. Admiramos mas bien, cómo desde una altura tan prodigiosa pueden conservar siempre una

misma apariencia; y como es, que no las perdemos todas de vista.

Elpida. Al oír lo que dices, la Tierra, que antes nos parecía tan vasta, y de tan extraordinaria extensión, ahora ya no nos parece mas que como un átomo, co tejada con esos grandes cuerpos que estan colocados en los Cielos.

Benigna. Tenéis razon: y así, no debemos considerar la Tierra, comparada con los Astros, mas que como un granito de arena que de nada está asido, sino como colgado y suspenso en el aire: y no obstante eso, hay casi una infinidad de globos de fuego, de una magnitud inexplicable, y de una altura que sobrepuja nuestros pensamientos, que giran en redondo, y ruedan sin cesar al rededor de este mismo granito de arena; y atraviesan todos los días sin interrupcion, de mas de seis mil años á esta parte, esos dilatados é inmensos espacios de los Cielos.

Asteria. Cosas muy grandes y muy maravillosas ciertamente, son las que nos has referido.

Benigna. Pues pasad mas adelante; y representaos todavía, que si de esos globos, de esos cuerpos inmensos, que están en continuo movimiento despues de tantos siglos; que no se embarazan ni estorban unos á otros; que no se tropiezan, ni se descomponen nunca; llegase alguno, aunque fuese el mas pequeño, á desgajarse, y se encontrara con la Tierra, ¿qué sería de ella?

Elpidia. Mientras mas cosas nos dices, mas aumentas nuestra admiración.

Benigna. Sigamos. pues, hasta el cabo: esos grandes cuerpos, lejos de desordenarse antes por el contrario, manteniéndose firmes en el orden que les está prescrito, y siguiendo el camino que les está señalado pero tan pacífica y silenciosamente para con nosotros que no hay quien tenga el oído bastante fino y perspicaz para poder percibir que andan; y de tal modo que la gente vulgar ó menos instruida, ni aun piensa siquiera, que tal maravilla suceda ni haya en el Mundo.

Asteria. No dices cosa que no escuchemos con la mayor satisfaccion.

Benigna. Ved aún otra maravilla, que á mi me encanta; y es, que esos grandes cuerpos son tan exactos y tan costantes en su camino, en sus revoluciones ó movimientos, y en todas sus correspondencias, que un hombre cualquiera, puesto, aunque sea desde el mas remoto rincon del Mundo, despues de hacer cuidadosamente sus observaciones acerca de esto; puede muy bien formarse un método infalible de predecir ó pronosticar, á que punto de su curso se hallarían todos estos Astros, de hoy en dos, ó en cuatro, ó en veinte mil años.

Elpida. No estamos nosotras menos encantadas que tú, al oír una cosa como esa; ¿que será, pues, un hombre, comparado con todo eso?

Benigna. Si la Tierra toda entera, no es mas que

un átomo y un grano de arena, puesta en cotejo con todos esos grandes cuerpos; es preciso, que el hombre sea una cosa muy pequeña y muy limitada; porque no es muy grande el lugar que él ocupa en el Mundo: y de ahí yo concluyo, cuan poco debe estimarse á sí mismo, y á todo lo que le pertenece.

Asteria. Sin embargo, aunque el hombre sea tan pequeño, y por mas despreciable que deba considerarse; todo eso ha sido hecho para él.

Benigna. Mirando el hombre por esta parte; sí es grande; pero esa grandeza es tal, que no puede conservarla, sino estimándose en muy poco, ó mas bien, no contemplándose mas que como nada, segun lo que dice el Apóstol.

Elpida. Yo no hago memoria de que el Apóstol diga tal cosa.

Benigna. Oid sus palabras: "Si alguno juzgare que es algo, se engaña á sí mismo, porque es nada. (1)"

Asteria. Esas son unas palabras demasiado positivas y terminantes, para osar contradecirlas. Pero siendo de tanta extensión todos los demas Cielos, el último, que es el Empíreo, ¿cuánto mayor será?

Benigna. Sin duda no se necesita mas que un poco de reflexión para conocerlo.

Elpida. Eso mismo nos hace creer, que el número de los Santos que le ocupan, será muy grande.

1 Ad. Galat. 6. 3.

Benigna. Verdad es: no obstante, en comparación de los llamados, nos asegura el Evangelio, que el número de los Escogidos es muy corto (1).

Asteria. Ya veo claramente, por lo que dices, que es necesario trabajar con la mayor seriedad para llegar al Cielo.

Benigna. No se yo que haya cosa, que mas anime á esto, que el considerar la grandeza de las obras de Dios, grandeza que nos hace comprender, que Dios es todavía mucho mayor incomparablemente.

Elpida. Nos retiramos ya para ir á meditar todas estas grandezas; y te damos mil gracias por las luces que nos has comunicado, y en toda nuestra vida olvidaremos,



1 Matth. 20. 16., etc. 22, 14.



### Conversacion LXXVIII

SOBRE EL CIELO, Y SOBRE EL ESTADO DE LOS  
SANTOS EN EL

Asteria. En la última conversacion no has explicado y hecho ver todas las maravillas de los Cielos y los Astros: ahora quisieramos que nos manifestases también todas las de ese Cielo, que se llama Empíreo.

Benigna. Es demasiado lo que me pedís, y muy superior á lo que yo puedo daros.

Elpida. Y ¿por qué dices eso?

Benigna. Porque no hay hombre alguno, cuyos ojos hayan visto, ni cuyos oidos hayan escuchado, ni cuyo entendimiento haya comprendido las maravillas de aquella feliz morada (1).

1 1 Cor. 2. 9.